

VISOR

revista literaria

Nº 18 - May./Ago. 2020

18

Reseñas: Pedro Antonio Cano Martínez / W. Darío Amaral
Ensayos: Mujeres en la ventana / Eros y
Tánatos en Antonio Machado **Creación:**
Bernardo Claro / Alfonso Vila Francés
/ Alberto Merino Palomar / Gianfranco Martana /
Dante Edin Cuadra / Aleksandar Vutimski

Dirección:

Noel Pérez Brey
www.perezbrey.com
perezbrey@gmail.com

Consejo Editorial:

Vega Pérez Carmena
Noel Pérez Brey

Imágenes:

Portada: Knutkrakker
www.flickr.com/photos/knutkrakker/
Contraportada: Isaac Bowen / Fuente: Flickr
Contenido: PhotoSolutions / Fuente: Flickr; Reseñas:
Nacho Frutos / Fuente: Flickr; Ensayos: Claire Wilkinson/
Fuente: Flickr; Creación: Ramón Bataller / Fuente:
Flickr.

Diseño:

Noel Pérez Brey

Esta revista se edita desde Illescas (Toledo - España) a través
de la siguiente dirección:

www.visorliteraria.com

Puede ponerse en contacto con nosotros en la siguiente direc-
ción de correo electrónico:

visorliteraria@gmail.com



Todos los textos e imágenes publicados en este número son
propiedad de sus respectivos autores. Queda, por tanto, prohi-
bida la reproducción total o parcial de los contenidos de esta
publicación en cualquier medio sin el consentimiento expreso
de los mismos. Por otro lado, esta publicación no se respon-
sabiliza de las opiniones o comentarios expresados por los
autores en sus obras.

Contenido

Editorial	3
Reseñas	4
<i>Música para un náufrago. Pedro Antonio Cano Martínez</i>	5
<i>El estampido de la entraña oriental. W. Darío Amaral</i>	6
Ensayos	8
<i>Mujeres en la ventana, por Ana Fructuoso Ros</i>	9
<i>Eros y Tánatos en Antonio Machado, por Ahmed Oubali</i>	17
Creación	31
<i>Cenizas, por Bernardo Claros</i>	32
<i>Ola de suicidios en Middletown, por Alfonso Vila Francés</i>	39
<i>El arriío, por Alberto Merino Palomar</i>	42
<i>La bici de Pablito, por Gianfranco Martana</i>	59
<i>Efímera vida de héroe, por Dante Edin Cuadra</i>	62
<i>El muchacho azul, por Aleksandar Vutimski</i>	73
Colaboraciones	77

Cuentos necesarios

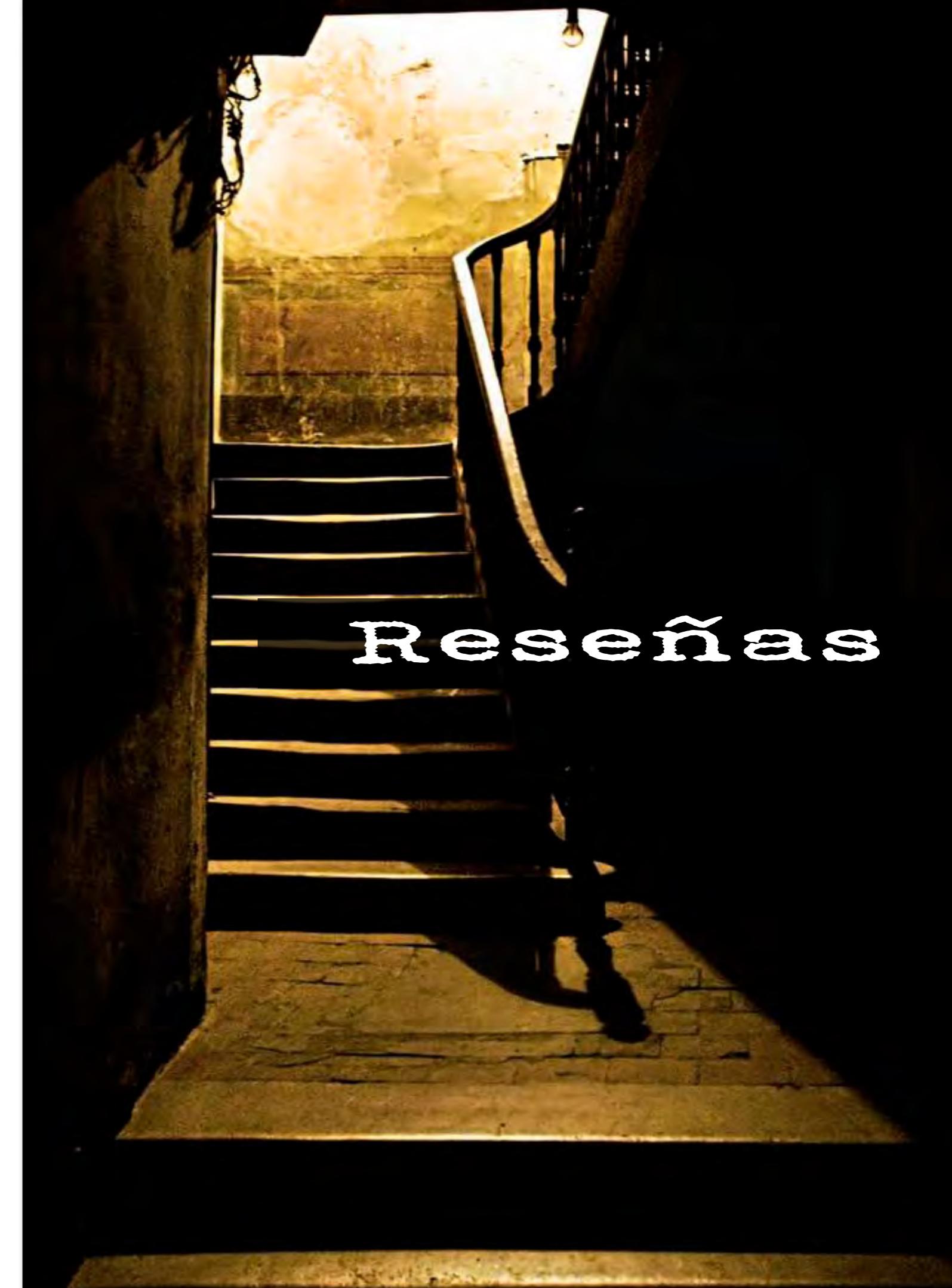
¿Qué tal, amigos? ¿Cómo va todo? Esperamos que estéis bien y que llevéis la situación actual lo mejor posible. Aunque a día de hoy parece inevitable hablar de esta condenada pandemia, el objetivo de la revista en realidad es otro. Ya sabéis, lo nuestro son las letras.

En este sentido, y dadas las circunstancias, la literatura, el arte en cualquiera de sus formas, se nos antoja más que nunca como algo esencial. Imaginemos el confinamiento sin libros, sin música, sin videojuegos, sin series ni películas: los días se nos harían atrozmente largos y aburridos. Por no hablar de que la literatura no solo supone un consuelo, un descanso, un aliento, sino que nos ayuda a entender el mundo, al ser humano, a nosotros mismos. Su necesidad es acaso indiscutible.

Algún autor ilustre incluso ha calificado estos días el libro como bien de primera necesidad, abogando por abrir librerías y mantener por consiguiente los canales de distribución. Pero ¿de veras la literatura es un bien de primera necesidad? ¿De verdad un libro, la entrada de una película o la cuota de Netflix están al nivel de comprar huevos, medicinas o pagar el recibo de la luz? Aun a riesgo de perder lectores, nosotros no nos atrevemos a tanto.

Creo que el amor por las letras de quienes editamos la revista está fuera de toda duda, y defendemos a ultranza la necesidad de la lectura y de la cultura en general como pilar básico de cualquier sociedad avanzada, pero también consideramos forzoso preservar, en la medida de lo posible, la salud de quienes trabajan en el sector que nos ocupa. Al fin y al cabo, esta situación no será eterna, ¿no? Además, siempre podemos leer en formato electrónico, rescatar aquellas obras que nos gustaron... Vamos, seguro que algún libro pendiente encontramos por casa. Nosotros, en lo que nos toca, contribuimos con lo que está en nuestra mano: un poco de literatura en red. Disfrutad del nuevo número.

NOEL PÉREZ BREY



nético, como dientes castañeteando de miedo. ¡Cuantas historias se oían sobre ciclistas atropellados por automovilistas temerarios! Él mismo había enterrado a su sobrino más querido al que un borracho le había dado de lleno mientras pedaleaba hacia casa, y por primera vez vaciló al borde de la fosa.

En la mente de Pablito, los objetos desenterrados correspondían a las imágenes de santos, vírgenes y jesucristos que esos mismos conductores pegaban al salpicadero y de hecho los arrollaban en eficacia por todos los años junto al

cuerpo y alma del difunto. Y ya que no conseguía resignarse a la desgracia de su sobrino, de vez en cuando metía las manos en los bolsillos y daba vueltas al incienso pensando en el malvado poder de aquellas estampitas hechas en serie y jamás tocadas por el dolor, que con suerte te salvan la vida pero no te impiden matar.

Notas

(1) Traducido del (original) italiano por el autor con la colaboración de Marta Martín.

Gianfranco Martana (Nápoles, Italia). Licenciado en Literatura Italiana y doctorado en Filología Italiana. Se mudó al extranjero por incompatibilidad de caracteres con Italia, primero a Brighton y luego a Valencia, en ambos casos porque miran al mar. Con su obra *Mammaliturchi!* fue finalista del Premio Solinas, el más prestigioso de guiones en Italia. Publicó la novela *Un'opera di bene* (Ellera, 2015) y unos treinta relatos en recopilaciones y revistas. Una amplia recopilación de sus relatos saldrá en otoño en la editorial Ensemble de Roma. Le encantaría tocar el piano y reparar objetos rotos, pero no tiene talento para ninguna de las dos cosas.

• • • • • • • • •



© Matthew Howard
Fuente: Flickr

Efímera vida de héroe

por Dante Edin Cuadra

Corría el año 1963 y, para la familia de Goyo y Nacha, la vida no se presentaba fácil en el interior de la norteña provincia del Chaco, en Argentina. Habían pasado los años gloriosos del cultivo del algodón y el trabajo no era lo que más abundaba. A pesar de la crisis económica, ellos -que sabían de pesares y sufrimientos- siempre se las arreglaban para resistir la adversidad y llevar el sustento al rancho que habían levantado con adobe y paja en un campo que no era propio. En la época de la cosecha algodonera, siempre había alguna chacra de la zona que demandaba el tra-

jo de sus manos. Goyo no era de amedrentarse cuando de trabajar se trataba y podía ser carpidor, hachero, peón ganadero o lo que fuera. Al lado de su casa, doña Nacha tenía una huerta con lo necesario para la cocina y, además, criaba gallinas para el consumo de carne y huevos, también patos y gansos e, infaltablemente, algunos cabritos y cerdos; estos últimos se engordaban para las fiestas de fin de año y para tener una provisión de salamines, codeguines, morcillas, chicharrón, queso y grasa durante una temporada. El caballo era el medio de transporte esencial en esa vida rural del norte argentino, donde unos pocos eran los dueños de los fundos y, muchos, los «sin tierras». Había años mejores y peores, a veces eran las

sequías, en ocasiones las inundaciones o las plagas las que raleaban la oferta de trabajo y, entonces, había que apearchar la situación de alguna manera. El monte del fisco, en situaciones extremas, era una alternativa para obtener maderas y, con ellas, hacer postes, varillas y leña que se ofrecían a circunstanciales compradores.

En ese contexto y en el último mes del año, bajo un calor agobiante, con chubascos intermitentes, generosa humedad y enjambres de mosquitos, nació su pequeño retoño. La partera, al recibirlo emocionada, soltó una frase que quedaría indeleble en la memoria de aquella madre: «es hermoso tu chinito, mi querida», convirtiéndose inmediatamente en el apodo que el niño llevaría para siempre en el entorno familiar, de amigos y conocidos.

El Chino creció en ese ámbito de montes, de pequeñas chacras y campos ganaderos. Desde muy pequeño aprendió a andar a caballo y a involucrarse en las distintas faenas rurales, muchas veces acompañando a su padre. A principios de los años setenta, el cultivo del algodón iba desapareciendo de los campos chaqueños, los cosecheros y peones empezaban a emigrar hacia las ciudades en búsqueda de algún trabajo y de un futuro mejor para sus hijos. Goyo, su esposa, una hija de ella de una pareja anterior y el Chino veían que allí las posibilidades de seguir adelante eran cada vez más infructuosas. Pero el capital social, es decir, las buenas relaciones con la gente, la honestidad, la responsabilidad y el cumplimiento de la palabra empeñada, era una virtud que

reunían Goyo y su familia. Doña Nacha tenía un carácter fuerte y había criado a sus hijos con disciplina y límites bien marcados, aunque el Chino era su debilidad y, muchas veces, consentía sus travesuras.

A siete kilómetros de allí, un ganadero de la zona -a quien Goyo le había desmalezado el campo en varias oportunidades- decidió comprar una quinta, un sitio equivalente a cuatro manzanas que lindaba con la propiedad de don Queco en cercanías de un pequeño poblado. Lo hizo a modo de inversión sin intenciones de afincarse en ese lugar, ya que había vendido una partida de novillos y no quería tener ese dinero en su casa y, menos, depositarla en el banco ante la elevada inflación imperante en el país. Allí hizo construir una linda vivienda y, de inmediato, se abocó a la búsqueda de un «casero» que mantuviese limpio el predio e, incluso, usara la tierra para algún sembradío o para criar animales menores. Este hombre conocía la honradez de Goyo y su familia, sabía que eran buena gente y, también, estaba al tanto de que no estaban viviendo una situación cómoda, de manera que les propuso mudarse a esa casa, ofrecimiento que fue aceptado sin demasiadas vacilaciones. Goyo era un hombre sencillo, extremadamente humilde, más bien callado y bonachón. Doña Nacha era una mujer conversadora, buena cocinera y mejor ama de casa. A don Queco y a su familia les cayeron muy bien los nuevos vecinos. Don Queco era un hombre muy sociable y no le resultó difícil entablar amistad con Goyo, a tal punto que al ver que no

tenía un trabajo fijo, habló con su jefe en la empresa donde se desempeñaba, recomendándolo. En menos de un mes, a Queco y Goyo se los veía ir juntos muy temprano hacia el trabajo y, de tardecita, volvían conversando sobre las anécdotas y sucesos de la jornada laboral.

Para entonces, el Chino y Daniel (el hijo menor de don Queco) tendrían unos nueve años y rápidamente construyeron una sólida amistad. El Chino era de contextura pequeña, tez blanca con algunas pecas, cabello rubio oscuro y piernas arqueadas, característica heredada de su madre, con quien guardaba un notable parecido. Era el séptimo hijo de su madre y el único de su padre, la mayoría de sus hermanos ya eran adultos e independientes y varios de ellos residían en otras provincias, excepto una hermana que aún vivía con ellos. Las casas en las que vivían el Chino y Daniel distaban unos ciento cincuenta metros entre sí y se emplazaban en plena zona periurbana. Había espacio suficiente, muchos árboles, sementeras, huertas, flores, aves de corral, perros y hasta algunos equinos y vacunos que les permitían desplegar todo tipo de correrías infantiles. El Chino era el pequeñín de su hogar, el protegido de su madre por ser el más chico y, también, de su padre por ser su único hijo. Su carácter era indómito, muchas veces transgresor, disponía de un gran sentido del humor y, a veces, era impredecible. Se llevaba muy bien con Daniel, aparte no había niños cerca y, por lo tanto, casi todas las tardes se juntaban en su casa o en la de su amigo para jugar a las figuritas, a las bolitas y, por supuesto, a la pelota. De hecho, como todos los

niños, a veces se peleaban y hubo ocasiones en las que estuvieron más de dos semanas sin hablarse, pero la amistad podía más y volvían a juntarse. El entorno en el que vivían era de montes, pajonales y pastizales: el Chino era un «mariscador» por naturaleza. En el norte argentino, mariscar significa cazar: los niños lo hacían proveyéndose de una honda o gomera que la transportaban colgada al cuello y una infaltable bolsita cargada de balines de barro endurecido que se colgaban del cinto o de un hombro. El Chino tenía una excelsa puntería con la honda, era casi infalible: en ese punto Daniel nunca pudo igualarlo. Pájaros, conejos y lagartijas solían sucumbir ante la precisión de sus hondazos. Muchas son las anécdotas que quedaron de esas cacerías furtivas en los montes y campos cercanos: la vaca negra que los corrió, la serpiente que los persiguió, las avispas que los picaron y tantas otras aventuras que perduraron como recuerdos nostálgicos y picarescos de épocas inigualables, en las que los lugares, olores, sonidos, texturas e imágenes formaban parte de experiencias fascinantes que incorporaban a sus vivencias cotidianas. La libertad con que se criaron fue inigualable y, a pesar de que sus personalidades eran muy diferentes, lograron hacer una buena dupla, disfrutar momentos imborrables y vivir los años más felices de la infancia y la adolescencia.

El fútbol era la pasión de ambos, de modo que una pelota nunca podía faltar en sus patios. Los dos eran hinchas de Boca Juniors y, por ese entonces, el club había logrado grandes conquistas a nivel nacional e internacional, de ma-



© Tu bicentenario Argentina
Fuente: Flickr

nera que todas las tardes se vestían de futbolistas y jugaban imaginando que estaban en la «Bombonera» haciendo goles y deleitando a los seguidores. En ocasiones invitaban a algunos compañeros y amigos a la canchita que ellos mismos acondicionaban en algún sector del campo, cuyos arcos construían con los troncos de árboles jóvenes que cortaban en el monte cercano y con cañas que extraían de un tacuaral próximo. En esos partidos jugaban siempre jun-

tos, se buscaban, armaban jugadas que ya habían ensayado una y otra vez y, por lo general, el equipo contrario se llevaba una goleada que, tanto al Chino como a Daniel, los ponía más que felices. También practicaban natación, haciendo uso de las represas que don Queco mandó hacer para el abrevadero de los animales. El Chino era hábil en el agua, con Daniel solían competir en zambullidas, clavados y todo tipo de píruetas, luego de las cuales los esperaba

sidades y carencias de sus hogares, de la ausencia de lujos y confort, ni tampoco de los abundantes remiendos de sus ropa desgastadas.

Al Chino no le gustaba estudiar, la escuela les quedaba a un kilómetro de distancia y solían ir y volver juntos todos los días. Pero él iba porque lo obligaban en su casa, su espíritu era demasiado libre para poder disfrutar de una mañana entera dentro de las aulas. Lo más grandioso para él eran los jue-

gos durante los recreos y, sobre todo, en las épocas de figuritas. En ocasiones, era de meterse en líos: su naturaleza un tanto transgresora, a veces lo impulsaba a proferir algunas palabras de más, hacer un chiste inoportuno o cometer una travesura que lo ponía en dificultades con quienes no estaban dispuestos a tolerar un ridículo o ver vulnerado su orgullo personal. Más de una vez Daniel tuvo que sacarlo de la escena de conflicto, oficiar de guardaespaldas o salir en su defensa cuando lo veía en aprietos. Terminó, a duras penas, el nivel primario y de ninguna manera quiso continuar estudiando, prefería limpiar alambrados, cortar leña, cosechar algodón, carpir o hacer cualquier changa bajo el implacable sol del Chaco que someterse a la vida estudiantil. Contrariamente, a Daniel le encantaba estudiar y, de a poco, sus intereses, actividades y compañías se fueron bifurcando. Unos años después, el Chino y su familia se fueron a vivir en el extremo opuesto del poblado y, con el tiempo, Daniel y los suyos también se mudaron al centro del pueblo. Por entonces, estaban en plena adolescencia y, de tanto en tanto, Daniel lo iba a visitar; pero ya no era lo mismo, casi no tenían temas en común y el Chino se mostraba como alguien sin demasiadas expectativas, cual niño que se resistía a la adultez.

Por momentos esa circunstancia le generaba tristeza a Daniel, pero a la vez entendía que era la vida que su amigo quería: el Chino prefería no autoexigirse, tampoco le interesaba trascender socialmente, ni le preocupaba el ascenso económico; su felicidad era ser libre, manejar los tiempos a su antojo, vivir

naturalmente como lo hacían los seres del monte que tanto conocía. Su capital era su familia, su caballo y su bicicleta y, con eso, parecía tenerlo todo, un auténtico romántico de fines del siglo XX, un contemplador de su pequeño mundo, un bohemio a quien no le interesaba el arte, ni la filosofía.

Pero su tranquila vida de orilla pueblerina, de campos y de montes, esa libertad que amaba y atesoraba, un día se vio interrumpida al recibir una carta en la que se lo convocaba al servicio militar obligatorio, por lo que no le quedó más remedio que viajar a la vecina provincia de Corrientes para cumplir con la conscripción. Daniel, en tanto, al terminar el secundario se fue del pueblo para seguir sus estudios universitarios en la ciudad capital del Chaco y, por esa razón, solicitó una prórroga al servicio militar, la cual le fue concedida. Poco tiempo después, se desencadenó la «guerra de Malvinas» entre Argentina y Reino Unido y, justamente, fueron los ejércitos de Corrientes los que aportaron más soldados a la contienda. El grupo de soldados, entre los que se encontraba el Chino, no iba a ser de la partida en esa guerra, solo estaban formados en un sector del batallón militar a modo de rutina con la orden estricta de mantenerse en sus filas y en silencio. Pero eso era pedirle demasiado al Chino: no acató el silencio y tampoco permaneció en la fila, situación que desagradó al militar a cargo, quien inmediatamente y con claras muestras de ofuscación, lo condujo hasta la formación que sí iba a desplazarse hasta las islas Malvinas.

Fue la madre de Daniel quien le dijo a su hijo, en un fin de semana de abril

de 1982 cuando regresó a su pueblo, que al Chino lo habían llevado a la guerra y que sus padres estaban muy angustiados. Qué increíble es la vida -pensó Daniel-, si no hacía mucho tiempo que jugaban bajo el frondoso timbó o entre los naranjos de la quinta. Tuvo una sensación desagradable, un pesar profundo estremeció su cuerpo, casi un presagio al enterarse de la impactante noticia esa mañana y, de allí en más, estuvo siempre pendiente de cada informativo y de los reportes que sistemáticamente emitían las fuerzas armadas, al tiempo que rogaba no sucediera lo peor.

Por su carácter impetuoso y su psicología perspicaz, al Chino ni siquiera le desagradó la decisión del militar al enviarlo hacia los confines australes. Es más, disfrutó de aquel viaje, durante el cual hizo chistes y menoscabó una y otra vez a los ingleses. Seguramente, a sus dieciocho años, no tenía conciencia de lo que significaba ir a una guerra e imaginaba que era un juego más, un desafío del que saldría indemne sin lugar a dudas. Qué mejor se sentiría el pequeño mariscador calzándose la ropa de monte, las botas y un fusil, pensando -en su ingenuidad adolescente- que nadie podría vulnerar su arrojo y valentía, ni la larga vida que tenía por delante. Aquel viaje estuvo colmado de experiencias nuevas para él, puesto que nunca se había movido muy lejos de su entorno; la llegada a Buenos Aires por ruta terrestre, el vuelo en avión hasta el sur de la Patagonia y, luego, el traslado por vía marítima hasta Puerto Argentino en las islas Malvinas configuraron un universo de sensaciones inimaginables. Hasta entonces, nunca había subido a

un avión y tampoco a un barco, todo le resultaba emocionante, olvidándose por momentos del motivo de su viaje. Sus comentarios, chistes y picardías lograban sacar más de una sonrisa a sus atemorizados compañeros de itinerario. Sus arengas se envalentonaban a medida que se acercaban al objetivo final: «pobrecitos los ingleses, flor de julepe le vamos a dar», «estos ingleses no saben con quiénes se meten, qué chicoteada les vamos a pegar», «los ingleses son unos blanditos, lará lará lará» y tantos otros estribillos.

El desembarco en Malvinas fue tranquilo, las tropas británicas estaban en camino cruzando el Atlántico, pero aún lejos de las islas: las emociones y la adrenalina seguían altas; los jefes militares, en sus encendidos discursos, persuadían a los juveniles soldados de que los británicos no tenían chance alguna en la contienda y que serían rechazados contundentemente ante el poderío terrestre, aéreo y naval de las tropas argentinas. Los chicos de dieciocho y diecinueve años que el gobierno de facto envió a esa guerra, tenían escaso entrenamiento militar, armas muy elementales y obsoletas, ropas inadecuadas y ninguna adaptación al clima frío y húmedo malvinense que, en otoño, suele tornarse cruel para estar a la intemperie durante días y noches. La mayoría de los muchachos provenían de las provincias del norte argentino, donde el clima es subtropical con excesivo calor durante gran parte del año, a veces asfixiante e insoportable por la elevada humedad.

El clima malvinense empezaba a calarle los huesos al Chino: la conjugación

del frío, el viento y la humedad se tornaba irresistible; las colinas de estepas desoladas y los valles de turberas le resultaban extraños; faltaban los calores y los árboles de su Chaco. ¿Aquí, en estos peladales tendremos que luchar? -se preguntó-. No hay donde esconderse, ni manera de protegerse -pensó-. Con las primeras instrucciones de los superiores, empezó a comprender que se encontraba en la situación más crítica de su vida, que lo que allí estaba por suceder no era un juego, aunque tampoco creía que sería el fin de sus días, pues a esa edad uno se cree invulnerable y no se le da crédito a los peligros, ni a la misma muerte.

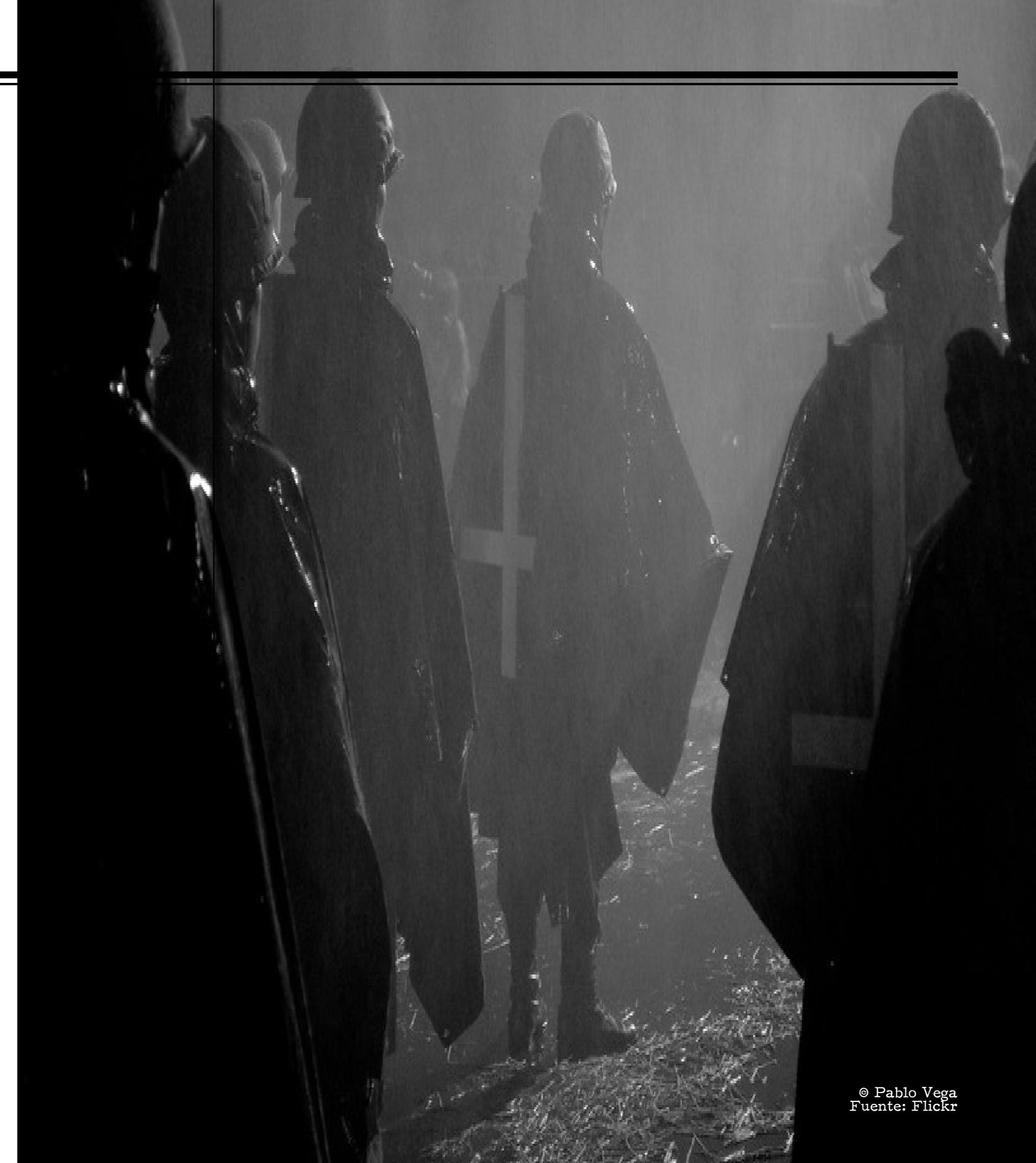
Llegó el momento en el que los batallones y grupos de tierra debían distribuirse en la isla Soledad. Los soldados ignoraban que allí sucederían las refriegas más violentas de la guerra: enfrentamientos a distancia, luchas cuerpo a cuerpo, bombardeos aéreos y desde navíos apostados en el mar. La guerra aún no comenzaba, pero la vida se ponía cada vez más hostil; hubo que cavrar trincheras, sin descanso, en el suelo compacto y pedregoso; a poca profundidad el agua brotaba y se acumulaba en el fondo, los pies se mojaban, se hacía difícil dormir y la comida era horrible e insuficiente; muchos compañeros eran víctimas de gripe, asma, fiebre, tos y otros problemas respiratorios, a lo que se sumaban los recurrentes malos tratos de los jefes militares, incluyéndose rudos castigos para quienes no mostraban una actitud sumisa, en un contexto de total desinformación y un ambiente de enorme ansiedad e incertidumbre. No faltaron casos de ataques de pánico,

llantos y gritos desesperados pidiendo volver al continente. El Chino, entonces, entendió que había que sacar fuerzas de donde no había, que la situación, a la vez que ineludible, no era para flojos. Como decían en su pago «había que hacer de tripa, corazón» y, con esa convicción, volvió con énfasis a arengar a sus compañeros, como lo hizo durante el largo viaje desde Corrientes a las islas.

Una madrugada, mientras el sueño no venía durante la larga y gélida vigilia, el Chino recordó que en cuarto grado la señorita Mercedes les había proyectado unas diapositivas sobre las islas Malvinas y que, con convicción, les explicó que eran argentinas, que los ingleses las habían usurpado, pero que algún día el país las iba a recuperar. Unas lágrimas calientes recorrieron su rostro, mientras recordaba a sus padres, a sus amigos, a su caballo y a su pueblo...

Su agrupación fue destinada a Goose Green (Pradera del Ganso), cerca de Darwin en la isla Soledad, un lugar estratégico donde se producirían durísimos enfrentamientos entre las tropas argentinas y británicas. Él desconocía el panorama que se presentaría en breve, siempre estuvo persuadido de que todo saldría bien y que, de regreso a casa, podría volver a ver a sus padres que tanto sufrián en el Chaco. Confiaba en su valor, en su puntería y en ciertas premisas religiosas que había aprendido en su hogar y en el catecismo, ya que su madre era una mujer muy devota. En un principio la situación parecía estar bajo control, pero llegaron días horribles en los que el frío se hacía insopportable, la ropa y los calzados mojados resultaban mortificantes, la comida no llegaba y las balas enemigas arreciaban sin tregua. Había que estar atentos a la balacera de las ametralladoras que venían desde distintos puntos del entorno, a los cañones que con recurrencia descargaban su poder de fuego, a los bombardeos desde los barcos que operaban en la costa y al paso de los aviones que aparecían como relámpagos y lanzaban sus bombas sobre las trincheras.

Muchas fueron las veces que el Chino se preguntó qué estaba haciendo allí, por qué siendo un chico debía estar en ese infierno, mientras millares de militares entrenados para la guerra estarían cómodos en sus hogares escuchando la radio, viendo la televisión o leyendo el diario. El Chino no era un muchacho miedoso o fácil de amedrentarse, al contrario, solía traspasar ciertos umbrales de prudencia, tomando a veces riesgos innecesarios; pero la guerra era otra cosa: hacía ya va-



rios días que los británicos desembarcaron en las islas y sus movimientos bélicos no cejaban, cada vez estaban más próximos, su poderío armamentístico era notoriamente superior y, peor aún, cada día veía caer a muchos camaradas con quienes había compartido largas charlas en las heladas trincheras. En las jornadas subsiguientes se libraron cruentos combates aéreos y navales e, inevitablemente, se acercaba el momento en el que las tropas del reino desplegarían sus mayores ataques sobre los soldados argentinos guarneidos en las húmedas y frías trincheras. Dolor, confusión, desesperación, sangre y atrocidad configuraron el escenario terrorífico en el que balas, misiles, cohetes explosivos, bombardeos aéreos y ataques cuerpo a cuerpo transformaron el lugar en el mismísimo infierno... una verdadera e impiadosa carnicería entre fuerzas desiguales!

El Chino se hallaba en una de las trincheras, donde los soldados tenían la orden estricta de no salir de las mismas para no quedar expuestos al fuego adversario, pero fiel a su estilo desafiante y transgresor decidió desplazarse de una trinchera a otra, al tiempo que profería gritos provocadores al adversario. En esa circunstancia fue alcanzado vaya a saber por qué arma enemiga. No se supo nada más de él, los años pasaron y su cuerpo no pudo ser identificado, considerándoselo uno de los soldados «solo conocidos por Dios».

El triste aviso que a su amigo había sido muerto en la guerra, le llegó a Daniel nuevamente por intermedio de su madre. Trago amargo si los hay, impotencia, bronca, indignación.... Daniel,

con un nudo en la garganta gritó: «iél no merecía terminar así, pagó un precio demasiado alto por las malas decisiones de los que no saben gobernar, lo llevaron al matadero injustamente, era un pibe como yo, qué sabría el Chino de la guerra!»

Terminado el conflicto bélico, la familia del Chino recibió un cajón vacío, una guardia militar durante el velatorio, una bandera argentina y una carta de gratitud del ejército por tan alto servicio a la patria. Lejos de ser un consuelo, fue la escena final de una trama breve y siniestra de la que sus padres nunca podrían reponerse. Nacha enfermó poco tiempo después y falleció sumida en la tristeza, la depresión y la angustia. Goyo soportó el profundo e irreparable dolor con su acostumbrado silencio y una incommensurable amargura. Ellos también, sin haber estado en Malvinas, recibieron las descargas certeras de la guerra que desangraron sus corazones. Tuvieron que pasar dieciséis años para que el Estado argentino declarara, por ley, «Héroes Nacionales» a los combatientes argentinos fallecidos en la guerra de las islas Malvinas. Sin embargo, el Chino y todos los que fueron a la contienda, se convirtieron en héroes mucho antes, en el momento mismo de emprender aquél viaje, que para muchos -desafortunadamente- no tendría regreso.

Por cierto, Daniel nunca imaginó durante aquellos años radiantes de juegos, picardías y travesuras, que estaba compartiendo la infancia con un héroe de su país, con alguien que -con solo dieciocho años de vida sobre la faz de esta Tierra- quedaría situado entre los

seres más notables y honorables de la República Argentina. Nunca pensó que vería su busto en la plaza del pueblo, ni su nombre en una calle en homenaje patriótico y, tampoco, que su valentía sería inspiración de poetas cuyas estrofas perdurarían por los tiempos de los tiempos. La vida es un misterio y las circunstancias, a menudo, deparan vivencias que conducen a interrogantes que trastocan la existencia, llevando al ser humano a reflexiones profundas ante la perplejidad de desconocer si devienen de casualidades o causalidades. Poco tiempo después de graduarse en la universidad, Daniel tuvo como destino laboral la ciudad de Río Gallegos en la Patagonia argentina. Allí, solía ir hasta el mar y, otras veces, hasta la ría con el solo fin de despejar su mente, observar esa naturaleza agreste y romper la melancolía que le generaba

estar tan lejos de su tierra. Justamente allí, en la ría, en un largo atardecer de verano se encontraba contemplando el paisaje de la playa gravillosa modelada por el ir y venir de las mareas. Fue entonces cuando vino a su mente el recuerdo del Chino y, allí, tomó conciencia de que, increíblemente, otra vez estaban uno frente al otro, en el mismo paralelo, como cuando jugaban allá en el Chaco: el Chino estaba ahora en las islas y Daniel en el continente, separados -o tal vez unidos- por un retazo de mar esmeralda. Esta vez Daniel no pudo contener la emoción, ¿vericuetos del destino? -se preguntó-. Levantó sus manos y las agitó en un interminable y sentido saludo, mientras algunas lágrimas corrían por sus mejillas y gritó: ¡hola Chino, otra vez vecinos, otra vez juntos amigo...!

Dante Edin Cuadra (Argentina, 1964). Geógrafo, narrador de historias de pueblos y poeta. Ganó el concurso de poesías sobre las Islas Malvinas organizado por la Secretaría de la Juventud de la Municipalidad de Río Gallegos (Argentina) en 2001. Publicó trabajos sobre topónimias y temas culturales en diferentes revistas de la especialidad. Recibió el «Premio al Mérito Geográfico», otorgado por la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos en el año 2007 por la obra *Makallé: lucha y existencia de un pueblo chaqueño*, editada por Moglia S.R.L., (Corrientes, Argentina). También fue condecorado por diversas instituciones de su país (Universidad Nacional del Nordeste, Universidad Nacional de la Patagonia Austral, Cámara de Diputados de la Provincia de Santa Cruz, Municipalidad de Makallé y Municipalidad de Machagai) en reconocimiento a su trayectoria y contribuciones al conocimiento y la cultura.





VISOR

revista literaria

ISSN 2386-5695
www.facebook.com/visorliteraria
twitter.com/visorliteraria

Web:
www.visorliteraria.com
Correo electrónico:
visorliteraria@gmail.com